

Confluencias entre José Martí y Manuel María Flores

Por Caridad ATENCIO*

ES BASTANTE PROBABLE que José Martí y el poeta mexicano Manuel María Flores¹ se hayan conocido en casa de Rosario de la Peña durante una de las tantas veladas literarias que allí se celebraban los miércoles y los sábados. El bardo mexicano, que en pocos años sería conocido en toda América, acababa de publicar su libro *Pasionarias*, pleno de efusiones eróticas.² En aquellas reuniones donde se departía alegremente, se hablaba de poesía, se declamaba y los poetas recitaban sus últimos versos, José Martí hubo de escuchar aquella poesía intensa y sensual. Como recogen los libros sobre la lírica romántica mexicana, Flores estaba profundamente enamorado de Rosario de la Peña, la musa de los escritores románticos. Él era también su preferido.³

La bibliografía que aborda el tema de la relación de José Martí con la vida literaria mexicana de la época apenas recoge datos sobre sus vínculos con Manuel María Flores, aunque sí deja clara la existencia de los mismos. Andrés Iduarte ha sugerido el cotejo con la obra de varios

* Investigadora del Centro de Estudios Martianos, La Habana, Cuba E-mail <amarti@ceniai.inf.cu>

¹ Manuel María Flores (1840-1885) "nació en San Andrés Chalchicomula y murió en la Ciudad de México. Simpatizó con las ideas liberales y sufrió cárcel y destierro en la época de la intervención francesa [.] En la capital estudió en el Colegio de Minería y después en el de San Juan de Letrán. Su vida bohemia lo aleja del estudio y lo confina en la pobreza [.] Perteneció a la Sociedad Netzahualcóyotl, El Liceo Hidalgo y otras". *Diccionario de escritores mexicanos*, México, UNAM / Centro de Estudios Literarios, 1967, p. 118; "La poesía de M. M. Flores encontró su principal sustento e inspiración en su propia vida amorosa. En él el romanticismo mexicano tiene uno de sus más acabados representantes", María del Carmen Millán, "Panorama de la literatura mexicana", en *ibid.*, p. xix

² Esta obra se publica por primera vez en marzo de 1874 en la ciudad de Puebla, con prólogo del propio autor y epílogo de Manuel de Olagübel, posteriormente se reedita, *Pasionarias*, París, Casa Editorial Garnier Hnos., 1882, 352 págs.

³ Véanse Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Sello Bermejo, 1996, pp. 58 y 65, *Diccionario de escritores mexicanos* [n. 1], p. 118, Núñez y Domínguez cita *La vida literaria de México durante la guerra de Independencia*, obra de Luis G. Urbina (Madrid, Imp. de M. García y G. Sáenz, 1917), y afirma que por el tiempo que Martí frecuentaba la casa de Rosario de la Peña, "Rosario [.] estaba entregada en alma y cuerpo al poeta Manuel M. Flores con tal fiel devoción, que el cantor de *Pasionarias* murió en los brazos de su musa quien lo sacrificó todo por él, hasta obligar a una familia tan honorable como la suya, a recibir al que venía

poetas con los que nuestro mayor escritor convivió durante su estancia mexicana, entre los que cita al autor de *Pasionarias*, y señala el carácter dionisiaco de varios poemas de Martí escritos en México que le recuerdan el estilo del poeta mexicano. Alfonso Herrera Franyutti lo corrobora en su libro *Martí en México* y llega a citar un ejemplo de esa vertiente erótica en la poesía "mexicana" de Martí.

Ante tales observaciones decidí emprender el estudio cuidadoso de la poesía de ambos escritores, específicamente del libro de Flores *Pasionarias*,⁴ su obra por excelencia, que además circulaba en los medios literarios nacionales durante 1875 y 1876, y los poemas que Martí escribió en México, para comprobar la magnitud de semejantes hallazgos. Dicho acercamiento permite señalar, más allá de otras coincidencias estilísticas propias del romanticismo, una innegable similitud en el tono entre varios poemas del cubano y del mexicano. Veamos un primer ejemplo donde los textos hacen gala del mismo desborde pasional:

Bésame con el beso de tu boca
cariñosa amistad del alma mía,
un solo beso el corazón invoca,
que la dicha de dos... me mataría.

¡Un beso nada más! Ya su perfume
en mi alma derramándose, la embriaga;
y mi alma por tu beso se consume
y por mis labios impaciente vaga.

¡Júntese con la tuya...! Ya no puedo
lejos tenerla de tus labios rojos...
¡Pronto. ¡ ¡dame tus labios...! ¡Tengo miedo
de ver tan cerca tus divinos ojos!

Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;
siento, de dicha, el corazón opreso...
¡Oh! ¡sosténme en la vida de tus brazos
para que no me mates con un beso!⁵

en nombre del amor ante las puertas de la casa". cf. José de J. Núñez y Domínguez. *Martí en México*. México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1933, p. 134

⁴ De la breve vida del poeta "terminada en la ceguera y el olvido, lo más significativo que la documenta es su poesía recogida bajo el escueto y preciso nombre de *Pasionarias*", Raimundo Lazo, *El Romanticismo lo romántico en la lírica hispanoamericana del siglo XIX a 1970*. México, Porrúa, 1971, p. 77

⁵ Flores, "II. Un beso nada más", "Besos", en *Pasionarias* [n. 2], p. 52

Confróntense los versos de Flores con los de Martí:

Y besabas tú bien: yo hago memoria
de aquel beso apretado de aquel día:
fue largo: nos dormimos
y, cuando en nos volvimos,
duraba todavía!

Te quiero, algo te quiero: y cuando fueras
en mis recuerdos por indigna un peso,
quisiérate, alma bella,
por nuestra noche aquella,
por nuestro largo beso!

[...]
El cuerpo me sacude y enamora
y pálida de amor el alma llevo;
yo quiero —¡oh, fin de males!—
con labios nunca iguales
un beso siempre nuevo!⁶

Recordemos que el tema amoroso es el que prima en los poemas de Martí escritos en México. Asistimos en muchos de ellos a la alabanza de la potenciación del sentimiento amoroso donde la intensidad de lo erótico en su contención hace mayor dicha alabanza. En las obras que venimos cotejando, tanto Flores como Martí exponen “una doble actitud ante el amor: ora es fuente del universo, ora origen del mal”.⁷ Martí prendado de Rosario escribe en el álbum de dicha señorita otro poema pasional que Herrera Franyutti vincula a los de Manuel María Flores:⁸

Ni la enamoro yo para esta vida:
¡es que a unas horas por la senda andamos,
y entre besos y lágrimas, hablamos
del instante común de la partida!

⁶ José Martí, “Sin amores” [“Llorando el corazón llorando tanto”], en *Poesía completa*, edición crítica, La Habana, Letras Cubanas / Centro de Estudios Martianos, 1985, tomo II, pp. 84-85

⁷ Frank Dauster, *Breve historia de la poesía mexicana*, México, De Andrea, 1956, p. 84

⁸ Véase Herrera Franyutti, *Martí en México* [n. 3], p. 72

[...]
 ¡Qué placer es pensar! Y ¡qué ventura
 soñar de una mujer la sombra pura!

Y ¡cuántas, cuántas horas
 cuyos males con sombra llevo impresos,
 cuántas me han sorprendido las auroras
 soñando labios y esperando besos!⁹

Un clamor sensual afín manifiesta el mexicano en su poema “Adoración”:

¿Que por sentir en mi dichosa frente
 tu dulce labio con pasión impreso,
 te diera yo, con mi vivir presente,
 toda mi eternidad... por sólo un beso?

[...]
 Si este grito de amor, íntimo, ardiente,
 No llega a ti; si mi pasión es loca...
 perdona los delirios de mi mente,
 perdona las palabras de tu boca ¹⁰

Este desenfreno amoroso, rasgo típico de la poética de Flores, también matiza la temprana producción mexicana de Martí, tan vinculada a los cenáculos literarios de la capital azteca.¹¹ Como hemos visto, Flores es un poeta pasional. Le obsesiona el canto irrefrenable a la mujer amada, a sus galanuras. Así, en sus *Pasionarias* encontramos decenas de poemas titulados con nombre de mujer, donde el amor es el sentimiento que permite el despliegue de los giros del poeta. ¿Algo afín sintió Martí al titular los sentimientos fervientes de su amor bajo el nombre de “Carmen”?

Se debe recordar que en “la década de los setenta la lírica romántica hispanoamericana experimenta un avance notable hacia la modernidad. La interioridad espiritual de esta poesía, que adopta con fre-

⁹ Martí, “Ni la enamoro yo para esta vida”, en *Poesías completas* [n. 6], tomo II, pp. 69-71

¹⁰ Flores. “Adoración”, en *Pasionarias* [n. 2], p. 32.

¹¹ “Esta vena dionisiaca, sensual, que recuerda los ‘chasquidos de besos’ de Manuel María Flores que impacientaban a don Marcelino, predomina en una serie de poemas dirigidos cuando menos a dos mujeres y probablemente a tres”, cf. Andrés Iduarte, *Martí, escritor*. México, Joaquín Mortiz, 1982, p. 68, otros textos de Martí escritos en México que tratan la temática amorosa son “Flor blanca”, “La vi ayer, la vi hoy” y “Rosario”

cuencia la suave intimidad becqueriana, intenta rehuir de cualquier verbalismo extremo y retórico"; en esta búsqueda de lenguaje personal cada vez más sugerente asistimos a una delectación plásticamente sensual en la naturaleza y en la mujer. En esa línea se sitúa la producción de Manuel M. Flores.¹²

Las coincidencias estilísticas propias del romanticismo que se hallan en la obra de ambos autores son diversas. Así encontramos tanto en Flores como en Martí poemas de abiertos planteos analógicos en los que se sigue el mismo esquema: se expone el tenor, la comparación y luego su atributo:

En medio el ancho mar soberbia roca
se yergue entre la bruma;
en torno se sacude ruda y loca
la turbulenta espuma

La azota el huracán; del rayo torva
chispea allí la lumbre,
y el Dragón-Tempestad su dorso encorva
erizado en la cumbre.

La roca inmóvil se levanta en tanto
al beso de la nube.
Y es, cuanto ruge, de su triunfo el canto
que de sus plantas sube.

Así, Rosario, nuestro amor sea roca
que inmóvil se levante;
y deja que a sus pies la envidia loca
ruja impotente y nuestro triunfo cante.¹³

En Martí estas peculiaridades estilísticas comienzan a aparecer en los "Versos varios", concebidos y publicados posteriormente a su estancia mexicana. Véase el siguiente poema:

Cual vierte las manos cuajadas de rosas
en cesto viejo de cristal vacío
la niña ligera.
Así sus visiones extrañas, gloriosas

¹²Carlos Javier Morales. *La poética de José Martí y su contexto*, Madrid, Verbum, 1994, p. 449

¹³Flores, "Nuestro Amor", en *Pasionarias* [n. 2], p. 75

vierte en mi cráneo despoblado y frío
mi musa severa.¹⁴

Repasar estos esquemas que utilizan casi todos los poetas románticos, saberlos al dedillo es lo que le permite luego imbricar de múltiples maneras en sus poemas lo natural y lo humano, innovar en el campo de los procedimientos analógicos, como en “Con la primavera”, escrito en Key West en 1887 o en “Juega el viento de abril”. En el primero ya no necesita deslindar en estrofas la comparación y lo comparado, mezcla ambos varias veces, algunas de ellas en el mínimo territorio de dos versos: “Con la primavera / vuelve el verso alado”.

O los superpone conformando un cosmos atravesado por un centro de intenciones únicas, donde un elemento gira sobre otro:

¿Qué hará mi corazón, que amar no quiere,
si le asalta el amor por el costado?

Hará lo que hace el cielo
cuando el fuego lo abrasa:
brillará como bóveda encendida
hasta que el fuego pase. todo pasa!¹⁵

Para resumir y ser justos a la hora de abordar este asunto se debe tener en cuenta que las preocupaciones martianas sobre la analogía también aparecen como parte de su pensamiento estético en algunos de los textos en prosa escritos en México. Sirva como prueba la siguiente cita de una de sus crónicas:

¡Oh! La inspiración puede ser buena o mala; pero aunque sea mala, yo la amo, porque es inspiración. Yo amo lo incorrecto y desordenado, porque así están los árboles del bosque, y así corren las aguas de los ríos, y así crecen en sus plácidas orillas las flores y los musgos humedecidos por el beso enamorado de sus aguas. Foucher murió y Víctor Hugo fue a ver a su hermana, esposa cariñosa del periodista. Él le diría nobles cosas, todas esas cosas altas que aquella alma venerable sabe decir. Yo he visto aquella cabeza, yo he tocado aquella mano, yo he vivido a su lado esa plétora de vida en que el corazón parece que se ancha, y de los ojos salen lágrimas dulcísimas, y las palabras son balbucientes y necias, al fin se vive unos instantes lejos

¹⁴Martí, “Cual vierte las manos cuajadas de rosas”, *Poesía completa* [n. 6], tomo II, p. 161

¹⁵Martí, “Con la primavera”, en *ibid.*, tomo II, p. 165

de las opresiones del vivir. El universo es la analogía. Así Víctor Hugo es una montaña coronada de nieves, de la que se escapan rayos que recibe del mismo Padre Sol.¹⁶

Son muy propias de estos poetas románticos mexicanos las imágenes con los cabellos de la mujer, como atributo principal de su belleza y femineidad. Dichas imágenes se encuentran en Flores más de una vez al igual que en Martí. Flores enuncia:

Y por el albo cuello,
voluptuoso crespón de sus hechizos,
la opulenta cascada del cabello
*cayendo en olas de flotantes rizos*¹⁷

Déjame ver tus ojos de paloma
cerca, tan cerca que me mire en ellos;
déjame respirar el blando aroma
que esparcen destrenzados tus cabellos

Déjame así, sin voz ni pensamiento,
juntas las manos y a tus pies de hinojos
embriagarme en el néctar de tu aliento,
abrasarme en el fuego de tus ojos.

Pero te inclinas... La cascada entera
cae de tus rizos luengos y espesos...
¡Escóndeme en tu negra cabellera
y déjame morir bajo tus besos!¹⁸

Y Martí en sus poemas escritos en México da rienda suelta a dicha imagen:

Magdalena era pálida, y lloraba
con dos ojos tan negros y tan bellos
que al antro su cabello envidia daba
*y más negros los vi que sus cabellos.*¹⁹

¹⁶ José Martí, "Variedades de París", publicada en la *Revista Universal* el 9 de marzo de 1875, en *Obras completas*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973. tomo 28, p. 19

¹⁷ Flores, "Eva", en *Pasionarias* [n. 2], p. 235.

¹⁸ Flores, "iv. Tu cabellera", "Besos", en *ibid.* pp. 53-54

¹⁹ Martí, "I. Magdalena", en *Poesía completa* [n. 6], tomo II, p. 57.

Ida', ¡la que amó tanto aquel destello
del claro sol, que fecundó en su falda
jardines que adornaron su cabello
Desde que tú, la espléndida María:
tendiste en tus espaldas el cabello
[...]
y leyes dicta si la frente alzando
*echa hacia atrás la negra cabellera*²⁰

Soñé ¿tú lo soñaste? — Tus cabellos
rodaban desatados por tu espalda
y orgulloso el amor cubrió con ellos
mi cabeza dormida entre tu falda.²¹

En las imágenes citadas, tanto en las de Flores como en las de Martí, hay referencias de manera sutil a lo femenino, y en algunos casos al amor físico, el cabello aquí reviste una connotación erótica. Es una imagen emblema de lo femenino que el Martí maduro vuelve a emplear en el “Mucho, señora daría”. Veamos dos estrofas, una de Flores y otra de Martí:

Destrenza tu magnífico cabello
sobre la desnudez de tus hechizos.
¡Cómo seducen en contraste bello
tan blancos hombros y tan negros rizos!²²

Mucho, señora, te diera
por desenredar el nudo
de tu roja cabellera
*sobre tu cuello desnudo.*²³

La imagen, que es la misma en ambos textos: el acto de desasir el cabello, es en Flores una llana invitación mientras en Martí es un convite mucho más sutil y elegante, más refinado en apariencia, pero por eso mismo, más erótico, más lúbrico. Ambas estrofas son cromáticas. En el texto del cubano la blancura que contrasta con el rojo es sugerida por la cualidad de la desnudez. En Flores es abiertamente expuesta.

²⁰ Martí, “María”, en *ibid*

Martí, “La vi ayer, la vi hoy”, en *ibid.*, tomo II, p. 94

²² Flores, “Orgía”, en *Pasionarias* [n. 2]

²³ Martí, Poema XLIII, “Mucho, señora, daría”, *Versos sencillos*, en *Poesía completa* [n. 6], tomo I, p. 280.

Más allá de la pasión arrolladora que caracteriza a los versos de Flores, encontramos también una nota común con sus compañeros poetas, entre ellos Martí, que crean y publican alrededor de la *Revista Universal*: el anhelo de absolutos romántico.²⁴

Yo no sé lo que busco, lo que anhelo,
yo no comprendo lo que mi alma quiere;
tan sólo sé que en el ingrato suelo
lleno de vida el corazón se muere.

Que hay en el alma idealidad sublime
y realidad vulgar sobre la tierra;
y que del mundo la estrechez oprime
al corazón que lo infinito encierra

Que hasta que vaya a repo ar tranquilo
en el negro sepulcro mi cabeza,
irá conmigo á mi postrer asilo,
amiga inseparable, la tristeza.²⁵

Mientras corroborábamos la común filiación romántica de los poemas de Martí escritos en México y los de *Pasionarias*, encontramos un texto de Flores que nos recordó uno del cubano perteneciente a su madurez creativa. Operó aquí la sensación de que ciertos pasajes de la obra de Flores fueran no presagios del advenimiento posterior, sino más bien pasajes en deuda con el texto de Martí, y por lo tanto, inferior ante el esplendor mayor.²⁶ Confrontemos “Hojas dispersas” de Flores con el Poema XI de Martí:

Cuando después del fatigoso día
vengo paz a buscar bajo mi techo
en los brazos del sueño, hay un fantasma
que se sienta a la orilla de mi lecho.

En vano quiero separar mis ojos
de aquel fantasma que de luto viste;

²⁴ Flores “estaba devorado por ese malestar indefinible, por esas aspiraciones al ideal que no se alcanza, por esa ansia de amor insaciable y por esa melancolía ingénita que se llamó en Europa, en otro tiempo, *el mal de Werther*”. Ignacio M. Altamirano, “Prólogo” a *Pasionarias* [n. 2], p. xii.

²⁵ Flores, “Mis sombras”, en *Pasionarias* [n. 2], pp. 316-317

²⁶ Véase Harold Bloom, *La angustia de las influencias*. Caracas, Monte Avila, 1991 p. 165.

allí está, siempre está, siempre me mira
inmóvil, mudo, pavoroso, triste.

Y cae sobre mi espíritu el espanto;
pero evitar no puedo su presencia,
porque ese triste espectro de mis noches
*está en mi propio ser. es mi conciencia.*²⁷

Yo tengo un paje muy fiel
que me cuida y que me gruñe,
y al salir, me limpia y bruñe
mi corona de laurel.

Yo tengo un paje ejemplar
que no come, que no duerme,
y que se acurruca a verme
trabajar, y sollozar.

Salgo, y el vil se desliza
y en mi bolsillo aparece;
vuelvo, y el terco me ofrece
una taza de ceniza.

Si duermo, al rayar el día
se sienta junto a mi cama:
Si escribo, sangre derrama
mi paje en la escribanía

Mi paje, hombre de respeto,
al andar castañetea.
hiela mi paje y chispea:
*mi paje es un esqueleto.*²⁸

Ambos textos hacen gala del mismo tema: el otro yo, la conciencia del poeta personificada en un muerto. El poema de Flores es correcto, el de Martí posee la extrañeza de la originalidad. En el cubano hay más brillantez, más osadía en las imágenes. Los dos poemas recrean atmósferas oníricas, los bardos son asaltados por sus visiones. En el mexicano dicha atmósfera es abiertamente confesa: “En los brazos del

²⁷ Flores, “xvii, Hojas dispersas”, en *Pasionarias* [n. 2], p. 88. Las cursivas son mías.

²⁸ Martí, Poema xi, *l'ersos sencillos*, en *Poesía completa* [n. 6], tomo I. Las cursivas son mías.

sueño hay un fantasma / Que se sienta a la orilla de mi lecho”, en Martí es sutilmente sugerida.²⁹ El texto de Flores anteriormente citado, como muchos otros contenidos en *Pasionarias*, evidencia que, aunque la popularidad lo ha consagrado “como poeta erótico, y en esta actitud exclusiva suele confinarle la crítica [...] no era tan sólo, el poeta, el cantor de Eros [...] Hay en su poesía además de deleite sensual y ardorosa lascivia, sano y rudo dolor [...] místicas remembranzas”.³⁰ Su intenso erotismo preanuncia el sensualismo modernista.

Del presente análisis derivamos que Martí conoció y leyó la obra poética del escritor azteca, la que indudablemente influyó en su formación literaria. Su poesía escrita en México posee los rasgos y matices del romanticismo, como muchos de sus recursos sentimentales e imaginativos, especialmente del cultivado en México durante aquellos años.

²⁹ “Es posible que la obra de un poeta fuerte sea la expiación de la obra de un precursor. Pero parece más probable que las visiones posteriores se purifiquen a costa de las anteriores [...] El poeta fuerte totalmente maduro es particularmente vulnerable a esta última fase de su relación revisionista con los muertos. Esta vulnerabilidad se ve más evidentemente en los poemas que buscan una claridad final, que tratan de ser enunciados definitivos, testamentos de la parte única del don del poeta (o de lo que el poeta desea recordar como don único)”. Bloom, *La angustia de las influencias* [n. 26], pp. 163-164.

³⁰ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1963, p. 305.